

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

Un mes.....	8 rs.
Tres.....	23 »
Seis.....	44 »
Un año.....	82 »
Un mes.....	9 »
Tres.....	27 »
Seis.....	52 »
Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES

SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La historia, por D. Enrique Domenech.—Teatro español: *Tirso de Molina*, por D. A. Alcalde Valladares.—*Enero*, soneto, por Doña Faustina Saez de Melgar.—Galería histórica: *Maria*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*El Reló*, poesía, por D. Pedro María Barrera.—*Consecuencias de la envidia*, leyendas árabes, por la señorita Doña Rogelia Leon.—*Revista de teatros*, por M. Leandro A. Herrero.—*Charada*, por E. D.—Advertencia sobre el figurin que se reparte con este número.—Variedades.

Pliego primero de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

LA HISTORIA.

I.

De cuantas ciencias abraza el saber humano, ninguna hay ciertamente que se armonice más con la naturaleza del siglo XIX que LA HISTORIA.

Hoy, que al paso que la humanidad va adelantando en sus vías de progreso, se siente con más

fuerza la necesidad del bien, de lo bello, de lo útil, de lo exacto, de lo verdadero, es mas que nunca conveniente, y hasta necesario, el gran estudio de la historia.

Eslabones invisibles de esa gran cadena que se llama *humanidad*, y que tiene un principio conocido, pero que se desconoce por completo el fin, y unidos á la otra cadena no menos estensa que se llama *tiempo*, deseamos siempre conocer qué fuerza nos liga al eslabon anterior, y de qué modo estaba unido aquél al que le precedía, recorriendo eslabon por eslabon, hasta llegar al origen, y recogiendo en esa marcha cuantos conocimientos, hechos y observaciones nos puedan ser útiles á la satisfaccion de las necesidades que sentimos en esta vida breve, fugaz y transitoria.

Dominados por el instinto del placer y cegados por el que nos proporciona la realizacion satisfactoria de una empresa, buscamos con afan cuantas noticias y datos puedan tener conexion, siquier lejana, con el objeto que nos proponemos, y en este caso, nadie mejor que la historia puede decirlo.

Los hechos, es verdad, no se presentan dos veces

con las mismas circunstancias; pero una serie de acontecimientos semejantes en el fondo ó en alguna de sus partes, proporcionan una luz, un cálculo, una reflexion, que indica por fin una lógica para el asunto de que se trata.

La esperiencia es el fruto del estudio, bien sea teórico ó práctico.

La esperiencia es necesaria en la vida del hombre para el acierto en sus cálculos, en sus acciones, ó en sus empresas.

El anciano va al fin que se propone con paso más firme, más seguro que el jóven que no conoce aun el mundo, que no tiene esperiencia y no conoce por lo tanto las ventajas que ha de encontrar en un punto y las contrariedades en otro.

El anciano, sin embargo, solo cuenta, por ejemplo, ochenta años de edad, y no puede tener de esperiencia mas que setenta, ó acaso sesenta.

Y si con sesenta años nos ofrece tantas ventajas, ¿qué no ofrecerá la historia en su vejez y en su inmensidad?

Pero aun hay más.

La vida del hombre es demasiado corta para que la esperiencia por sí sola le sirva de guia, y aun si fuera aquella suficiente en un individuo, no lo será nunca, no lo puede ser respecto á la vida de un pueblo, á su organizacion, á su adelanto, á su progreso, que ha de estar basado en las lecciones del pasado para prevenir y disponer el porvenir.

Porque la historia no se reduce ni debe reducirse puramente á la descripcion de los hechos: debe raciocinar sobre ellos, discutirlos, compararlos y enseñar al que la estudia á seguir en sus comparaciones.

La historia no se debe tampoco concretar, ni se concreta, al relato de acontecimientos generales y de gran trascendencia aparente para los pueblos: un descubrimiento en el terreno de las ciencias, una adquisicion en los inventos útiles, un nombre del autor de una obra clásica ó de utilidad general, el inventor de un aparato mecánico ó industrial, es tan digno de conservarse en la historia como los hechos del gran Napoleon, las crueldades de Neron, las luchas de César contra la ciega obstinacion de su pueblo, la insaciable ambicion de Roma y su ruina, las crueldades ó justicias de Pedro I de Castilla, las bondades de Isabel I, al par que su dureza para con la desgraciada morisma, la supersticion fanática de Carlos II y su punible debilidad y negligencia, la

dureza de Felipe II, y por fin la ingratitud de Fernando VII para con un pueblo que se sacrificó por defender el trono y su independencia.

La historia nos hace conocer los acontecimientos y los hombres más importantes del mundo.

Nos enseña á Sagunto y Numancia que, víctimas de su amor patrio y su independencia, prefieren morir á ser vencidos, y destruyen la ciudad; hacen hogueras, y despues de arrojar á ellas sus tesoros y riquezas, arrojan á sus hijos y se arrojan ellos mismos, prefiriendo la muerte á la infamia.

Nos hace conocer á hombres como Lucio Scévola, que, dotado de un carácter enérgico, no se perdona el haber errado el golpe que dirigia al tirano de su nacion, y consume en un brasero su mano derecha en castigo de aquel para él imperdonable desacierto.

Á Tito Manlio Torcuato, cónsul de Roma, que habiendo prohibido bajo pena de muerte que ningún soldado peleara fuera de sus filas, hace decapitar á su hijo por haber faltado á su orden dando muerte en desafio al jefe de las fuerzas enemigas.

Al sacrilego é impío Cambises, que despues de avasallar el Egipto, cometiendo toda clase de tropelías, pregunta á su favorito qué opinan de él, y porque éste tiene la indiscrecion de decirle que creen que gobernaria mejor si no bebiera tanto, toma algunas copas de diferentes licores, manda presentar en seguida al hijo de aquel y le clava en el corazon una saeta para probar á su desesperado padre que no le tiembla el pulso despues de beber.

Á Gúzman el Bueno, que, gobernador de Tarifa, antes que perder la plaza que se le ha confiado, prefiere arrojar al enemigo desde su muralla el puñal que ha de dar la muerte á su propio hijo.

Á D. Pedro II de Aragon, I de Valencia, que, en su insaciable sed de venganza y crueldad en que han abundado tanto los tiempos remotos, hace fundir la célebre campana de la Unión, y da á catorce de los asociados, en la plaza de Valencia, una cucharada de aquel metal derretido.

Á Carlos II, que, dominado enteramente por la supersticion y los consejos clericales, deja á beneficio de aquellos el gobierno de la nacion, fomentando y elevando á gran altura el célebre y cruel tribunal, vergüenza y azote de la humanidad.

Á Felipe II, que, bajo la apariéncia de la justicia y la religiosidad, al par que lega á la posteridad el monumento más grandioso del mundo en el suntuoso

so monasterio del Escorial, pone en el programa de las funciones públicas en las grandes solemnidades los autos de fé, en que quema para diversion *cinica y vergonzosa*, centenares de hombres que no tienen más delito que el no pensar como él en ciertos asuntos, y que con sus cenizas dicen al mundo que el autor de tal crueldad, en vez de justo, es mal padre, mal esposo, mal rey, y mal cristiano.

Á Alfonso IV, rey de Leon, que, no creyéndose á propósito para gobernar, abdica en 924 en favor de su hermano Ramiro, toma el hábito religioso en el monasterio de Sahagun, y, arrepentido luego, intenta recobrar el poder, que su hermano impide haciéndole prisionero en Leon, y mandándole inhumanamente arrancar los ojos.

Á Alfonso X, el Sabio, clara lumbrera de España, honra y prez de los monarcas, que al par que su hijo Sancho le abruma con los pesares que producen sus desobediencias y rebeliones, no cesa en el estudio, arregla la moneda, redacta los códigos conocidos por *Fuero Real*, y las *Partidas* ó *Leyes de Partida*, en vigor hoy todavía, y escribe, sin descuidar por ello el buen gobierno de la nacion, otras varias composiciones, como son las *Cántigas y Querellas*, el *Libro del Tesoro*, obra no descifrada, y las *Tablas astronómicas* llamadas *Alfonsinas*.

Á Alfonso XI, que empleó la artillería por primera vez en el sitio de Algeciras, y al acometer á Gibraltar en 1350, en su sitio, muere de la peste, y los moros suspenden las hostilidades, y le hacen los mismos honores que los cristianos.

Á Carlos III, que, con su sabiduría y su tacto engrandece España, y la eleva á una altura envidiable en riqueza y poder, de la que le hace descender despues, arruinándola y haciéndola perder su prestigio su indigno sucesor D. Carlos IV.

Á Luis XVI, que, víctima de las arbitrariedades de su antecesor, y del desórden que aquel habia introducido, y que este queria arreglar en beneficio de su querido país, sube al patíbulo como el último de los criminales, al que siguió su infeliz esposa, dejando luego á la Francia un terrible peso y una triste memoria de aquella bárbara medida.

Á Carlos I de Inglaterra, que, no menos desgraciado que Luis XVI, sufrió igual suerte....

Pero, ¿á dónde vamos á parar?

Cuanto ha sucedido en el mundo, cuanto pueda haber tenido ó pueda tener interés ó aplicacion inmediata ó lejana, todo lo registra la historia.

Sin ella nos serviríamos de la imprenta, inmensa palanca de la civilizacion, sin conocer que se debe tan notable y trascendental invento, al talento del insigne Guttenberg.

Veríamos elevarse por los aires los globos, dando origen á que otros estudien con constante afan el modo de hacerles útiles, dándoles la tan deseada direccion de que hoy carecen, y no sabríamos que el paplero Montgolfier fué el primero que los hizo subir, basado en una conocida ley de fisica, pero con asombro, sin embargo, de todos los académicos.

Conoceríamos ese mundo de allende el Océano, le visitaríamos, nos proveeríamos de sus manufacturas, artículos y riquezas, y no sabríamos que el escelente marino genovés, el Loco, como le apellidaban en aquella época, al protegido por la gran Isabel I, Colon, en fin, habia sido quien habia sacado del fondo de los mares, con una constancia admirable, un talento extraordinario, y una audacia sin limites, aquel Nuevo Mundo que hacia que en España no se pusiera nunca el sol.

Nos serviríamos de los principios y teorías de Euclides, Arquímedes, Newton y Pitágoras, y no conoceríamos á sus autores.

Leeríamos la *Divina Comedia*, la célebre *Iliada*, la *Eneida*, las epístolas y poética latina, los epigramas y discursos forenses del mismo idioma y las fábulas griegas, y no sabríamos que habian existido Dante, Homero, Virgilio, Horacio, Catulo, Ciceron y Esopo.

No se crea, empero, que la historia ha tenido siempre el mismo carácter ni las mismas tendencias. Cada pensador le ha señalado un objeto y un fin, y estos diferentes pareceres será el objeto de nuestro artículo segundo.

ENRIQUE DOMENECH.

TEATRO ESPAÑOL.

TIRSO DE MOLINA.

I.

El teatro español es sin duda el más rico, el más variado, el más perfecto de todos los de Europa.

Es más: naciones que despues han brillado por la grandeza de sus genios, nos deben el sol de donde han sacado la luz que alumbra sus literaturas.

A fines del siglo xv empezó á resplandecer en

nuestra escena el radiante astro de Torres Naharro, cuyos rayos inmortales reflejan hoy como el primer día.

Torres Naharro abrió la gran senda que debía seguir nuestra literatura dramática, y puso, podemos decir, la primera piedra en ese magnífico edificio que se destaca entre nuestras letras como un monumento imperecedero.

Siguiendo las huellas de este entendido sacerdote, apareció el *mónstruo de la naturaleza*, según la expresión gráfica de Cervantes, es decir, el hombre que avasallando la escena, el genio, la inspiración y el arte, inundó á España con sus creaciones y admiró al mundo con su fecundidad.

Veintitres años después de Lope de Vega, en 1585, arrojó Madrid otro coloso á la tierra, que modelando sus obras á las del *Fénix*, y salpicándolas de esa sal, que el mismo Molière, el rey de la comedia, no ha podido imitar, dió un giro á nuestro teatro, tan nuevo y tan sorprendente, que los escritores de hoy pasan las horas contemplando aquel tesoro de belleza, cuya imitación muchos han emprendido, pero ninguno ha llevado á cabo.

Los primeros años del mercenario Gabriel Tellez, conocido por el pseudónimo de *Tirso de Molina*, son todavía un misterio por más que se conjeture que hizo sus estudios en la Universidad de Alcalá. Como filósofo, teólogo é historiador, dió muestras de tener un talento de primer orden.

No se sabe si los desengaños, esos que tan comunes son en nuestra vida, le decidieron á abandonar el mundo y encerrarse en un claustro, donde envuelto en el sagrado hábito de Nuestra Señora de la Merced Calzada, acabó los días que restaban á su carrera.

Indudablemente lo vasto de su instrucción y la profundidad de sus conocimientos le dieron una gran superioridad en el claustro, que le valió ser nombrado maestro en teología, predicador, cronista de la Orden, y por último, comendador de la misma, en cuyo destino le sorprendió la muerte en el convento de Soria por los años de 1648.

Gabriel Tellez, si bien su fama la debe al teatro, ó más bien á esa colección de comedias donde campean escenas fluidas y ligeras, armonías chispeantes de gracia, desleídas entre sencillas é intencionadas intrigas, también escribió novelas, cuentos, disertaciones y algunas poesías líricas.

Las comedias de Tirso, como dice el erudito Du-

ran: «cada una de ellas es una novela de costumbres, de donde pueden deducirse una ó más máximas morales, al modo que de cualquiera poema puede formarse una alegoría, aunque el autor no se lo haya propuesto.»

Y tiene razón: cada comedia del ilustre mercenario, es una lección moral que lleva al corazón el convencimiento de que el vicio no tiene mejor castigo que la sátira.

Verdad es que algunas veces da un color demasiado subido á sus epigramas, especialmente cuando pinta las redes amorosas que tienden las que nacidas de nosotros vienen á ser nuestras eternas compañeras; lo cual, como dice el venerable Lista, «le hace frecuentemente traspasar los límites del pudor y de la decencia.»

Esto, sin embargo, es disculpable, atendido al estado de nuestro teatro, á las costumbres de la época, y, sobre todo, al nuevo camino que él emprendía, que por medido que lo tuviese, era imposible no se saliese de él muchas veces á pesar suyo.

Seguro que estos que ahora apuntamos como defectos, nadie los condenó en el tiempo en que vivía, por más que, como hemos dicho, presenten escenas en que casi se traducía la disolución y la impudencia de algunos de sus personajes.

No creemos con todo, como Lista, que la altivez y entereza de las damas de Calderón destruyó el teatro de Tirso, que se distinguía por la liviandad de las suyas.

La superioridad de Calderón sobre Tirso, más que nada, la trajo la moda, aparte de la novedad y el vuelo de su fantasía. Entonces, baste decir, se puso en moda el *culleránismo*, que ha sido condenado en todos tiempos, y el cual, fuera de pasión, no creemos fuera mejor que la sencillez y llaneza en Tirso. La sátira de este es, si se quiere, punzante, maligna, picaresca; pero nunca encaminada á ridiculizar la humanidad en conjunto, á despertar el odio ni alimentar sentimientos ni amarguras.

Pinta las costumbres de su tiempo, si no como son, como él las comprende; retrata la sociedad cortesana con vivos colores, y presenta sus personajes revestidos de los caracteres que necesita para desarrollar su fábula; y entre animados diálogos satiriza la deformidad del vicio que se propone desterrar.

«Una imaginación traviesa y lozana, una filosofía profunda al par que halagüeña, estudio feliz del corazón humano, rica vena poética, gracejo peculiar en

el decir y admirable conocimiento de la lengua patria: tales son entre otras varias cualidades, las que distinguían notablemente á Tirso de la multitud de autores que con algunas de ellas conseguían por su tiempo alcanzar una parte del aplauso popular.

»Los defectos que pueden achacarse á Tirso fueron sin duda hijos del siglo en que escribió, y más particularmente debidos al influjo poderoso que en él debía ejercer la portentosa fama de Lope de Vega.»

Hé aquí retratado por Mesonero Romanos al famoso comendador con todo el colorido y la verdad que emplea en sus bocetos el autor de las *Escenas Matritenses*.

Lo mismo que nosotros, perdona las inconveniencias que pudieran resaltar en los escritos de Fray Gabriel, achacándolas á la necesidad y á la época.

Corramos un velo sobre el atrevimiento de algunos de sus cuadros, cerremos los ojos ante la desenvoltura de algunos de sus personajes..... ¡Que! ¿no merece una palabra de generosidad, una mirada de benevolencia la mano maestra que sombrea aquellas costumbres palaciegas, aquellas danzas, aquellos sa-raos, aquellos torneos y romerías, aquellos juegos y aquellas travesuras?

No diremos, sin embargo, que Tirso, en medio de su clara inteligencia, en medio de su recta razón, no cometiese errores literarios, que parece mentira nacieran de aquella alma templada, que tan dignamente sabía conducir su pluma en pos de las auras populares.

Verdaderamente sus concepciones ofrecen un contraste raro; casi se resienten de una desigualdad perniciosa.

Tirso, como dice Búrgos, «al lado de cuadros magníficos tan notables por sus pinceladas clásicas, como por el efecto brillante del conjunto, no tiene el menor reparo en presentar otros irregulares, y aun extravagantes, que cuesta trabajo atribuir al mismo pincel.»

Juzgado Tirso á doscientos años de distancia, necesariamente tiene que ser vencido en la palestra.

¿Quién puede contestar los severos cargos que se le hacen, al parecer injustificados, y mayormente cuando esos argumentos y esas pruebas provienen de personas tan competentes en la materia?

Lo repetimos: Tirso tiene sus defectos; pero Tirso emprendió una senda no trillada, y precisamente te-

nian que herirle dificultades inmensas y tenía que resentirse de una inesperienza grande.

Así, después que él abrió el camino, ha sido más fácil enmendarle la plana y evidenciar las faltas que cometió, pequeñas en nuestro pobre concepto.

El ciego que por primera vez huella el ámbito de una ciudad, ¿dejará de tropezar algunas veces?

Hé ahí á Tirso.

Después todos han caminado con sol, y su vista completa.

Otro día diremos cuatro palabras sobre sus obras.

A. ALCALDE VALLADARES.

ENERO.

SONETO.

Contempla la natura, Magdalena,
Cubierta por doquier con denso velo,
Plomizo, oscuro, el azulado cielo
Que el alma mira con acerba pena.

Veó en la fuente límpida, serena,
Reflejar los carámbanos de hielo,
Y despojado de verdura el suelo
Cuando la niebla los espacios llena.

¡Admira con pavor, amiga mía,
De la tierra el estado lastimero,
Que perdió su color y su alegría,
A impulsos ¡ay! de temporal tan fiero
Y esa vegetación que, mística y fría,
La imagen es del aterido Enero!

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

GALERÍA HISTÓRICA. (1)

Á LA DISTINGUIDA POETISA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Admita V. este humilde ramo de violetas que le dedica su buen amigo

El Autor.

I.

MARÍA.

¿Habeis visto una alborada de mayo, cuando la aurora fulgura sus tibias tintas, matizando de ópalo

(1) Bajo este epigrafe publicaremos desde hoy una colección de cuadros biográficos de mujeres céle-

y rosa las blancas nubecillas del Oriente? ¿Habeis admirado, escondido entre el follaje de verdura, el primer capullo de una violeta, temblorosa y perfumada? ¿Habeis contemplado un rayo de luna, ténue y melancólico, deslizándose por las rizadas espumas de una mar tranquila y dormida? ¿Habeis visto algo más dulce y trasparente que el alba? ¿Más puro y tierno que la flor en capullo, más conmovedor que la luna sobre las aguas?

Si.

Mirad esa figura celestial, niña bendita, predestinada á un prodigio, y que al venir al mundo en Nazareth traia consigo un bálsamo consolador para la humanidad: la esperanza.

Esta figura santa, toda luz, nada sombra, toda dulzura, toda consuelos y amor, es la paloma de Jehová, la hija de Ana y Joaquin, la purísima Virgen María.

María, nombre mágico y celestial, cuyo eco encierra las más gratas armonías.

¿Quereis lanzar una rápida y respetuosa mirada sobre el pasado de esa divina espiritualidad, dedicar un recuerdo á su bendecida memoria?

Vedla: Nace en una venturosa mansion de Nazareth, y labra la felicidad de sus ya ancianos padres: aquella dichosa niña parece el capullo de una azucena; al abrigo del ilustre Patriarca Joaquin, su padre, en el regazo de la cariñosa Ana, su madre, pasa María la infancia, como esas tiernas espigas de abril, que se mecen tranquilas al arrullo de la brisa primaveral.

Cruzan años, y la niña se transforma en mujer, y la predicción se cumple, y allí, envuelta en perfumes y resplandores, María, trémula, escucha de boca de Gabriel la relacion primorosa de una encarnacion bendecida.

Miradla en Belen, en aquella noche de prodigios y alegría, en la soledad de unas ruinas, contemplando al Niño divino sobre su lecho de paja, y cercada de ángeles, y de reyes. y de pastores.

María es madre.

Comienza su vida de gloria y martirios.

En el corazon de la Virgen se reconcentran todas las pasiones en una pasion, en un cariño: en el amor maternal.

bres, bien pertenezcan á la historia sagrada ó profana, y en los cuales, para más variedad, prescindiremos del orden cronológico, dándoles todo el sabor poético que nos sea posible.

Madre amante, vedla en Egipto huyendo con el fruto de sus entrañas; vedla temblorosa buscando por Jerusalem al Hijo amado, que encuentra asombrando á los doctores; vedla sufriendo siempre, amando siempre.

Y si quereis contemplarla en toda la escelsitud de su grandeza y su valor, miradla en el Calvario, regando con lágrimas el pié de la Cruz en que espiera el Dios-Hombre, su hijo-idolatrado.

María, ¡nombre sublime y dulce!

María es un poema de amor, de amor bendito.

Preguntad á un desdichado y os dirá que María es una luz en la oscuridad.

Preguntad á un niño, y os dirá que es su madre bendita.

Preguntad al mundo, y os contestará que Ella es la luz, la esperanza, la fé.

Primorosa figura que aparece en la escala del Cielo como el rosal más fragante y peregrino.

Rayo consolador que dá fuerzas al triste.

Divina imagen, cuya tradicional memoria cae en la tierra convertida en una lluvia de flores.

Allí, en las orillas del Ebro, dá vida á una purísima creencia que santifica con cien prodigios y funda sobre un alabastrino y venerado Pilar.

En los muros de Madrid une la tradicion piadosa á una gloria nacional en el morisco cubo de la Almudena.

En las enriscadas montañas de Montserrat ó en las playas valencianas, se levanta su veneranda memoria, robustecida y gigantesca.

Y donde quiera que el cristiano mire, allí donde vea una desdicha, allí donde contemple una estrella, allí encontrará puro, resplandeciente, inmaculado, el recuerdo de la Santísima Virgen María.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

EL RELÓ.

Cuando en tu esfera severa
Se fija la vista mia,
El corazon me lacera
De esa simbólica esfera
La triste filosofía.

Aun tu formá y nombre el hombre
Ni en sueños imaginaba
Y ya, por mas que me asombre,
Por ti, sin forma y sin nombre,
El orbe entero pasaba.

Dentro de ti se mecíó
Del caos la sombra oscura
Y el espacio se pobló
De mundos y Dios creó
Al hombre, su imágen pura.

Por ti el ser unido al ser
En su inocencia gozaba
Las delicias de un placer
Que, si por ti se alcanzaba,
Por ti se llegó á perder.

Los imperios del Oriente,
Pedestales de la Historia,
Geroglífico viviente,
Do apenas halla la mente
Que arrojar á la memoria;

Grecia, que á la par se precia
De guerrera y de profunda,
Y ora la vida desprecia
Y códigos ora funda.

Que son honor de la Grecia;
Roma, que enseguida asoma
Y pueblos sin cuento doma
Y al mundo entero estremece,
Tanto, que el mundo parece
Vivir la vida de Roma;

Por ti su nombre adquirieron;
Dentro de ti se agitaron;
En ti su historia escribieron,
Y, si por ti se elevaron,
Por ti tambien perecieron.

Y otros pueblos han venido
Y tambien por ti han corrido,
Brillando como el que más,
Y tambien por ti se han ido
Para no volver jamás.

¿Quién eres tú?—Caminando
Vas siempre de igual manera,
Lentamente golpeando
Y lentamente marcando
Las señales de tu esfera.

Ves un niño, ángel hermoso,
Cuyo rostro candoroso
Parece que algo demanda,
Y ese tu golpe, envidioso,
Repite sin cesár,—¡Anda!

Ves la beldad virginal,
Cuyo encanto celestial
Eterna vida merece,
Y siempre el golpe fatal
—¡Anda! decirla parece.

Grita el jóven—¿Qué te ablanda?
Y—¡Anda! responde tu acento;
Loca la vejez te manda
Que descanses un momento
Y, andando, contestas,—¡Anda!

¿Ese fatídico son
Es acaso algun gemido
De impotente compasion?
No sé; pero es el latido

Que escapa del corazon.

Las horas á que luz dan
Los rayos de la inocencia;
Las que respirando están
De amores mágica esencia
Y que rápidas se van;

Esas horas que hacen ver
Cuanto soñó la esperanza.
Horas de dulce placer,
Que, si lograrlas se alcanza,
Huyen para no volver;

No mas despacio trajeras
Que con rapidéz son idas;
Parece las aceleras,
Por que al llegar las olvidas
Y has de andar aunque no quieras.

¡Jamás! Jamás te miré
Gozando perfecta calma;
Ante ti siempre temblé
Y siempre sentí en el alma
Algo que no me espliqué.

¿Quién eres tú?—Caminando
Vas siempre de igual manera,
Lentamente golpeando
Y lentamente marcando
Las señales de tu esfera.

Año tras año, por ti
Sesenta siglos han sido
Y tú siempre estás ahí;
Aquellos que aun no han venido
Tambien te verán así.

El hombre te sujetó
Á su comprension, y el hombre
Nombre al capricho te dió.
Te llamó RELÓ: tu nombre
Es TIEMPO, que no RELÓ.

Madrid: 1864.

PEDRO MARIA BARRERA.

CONSECUENCIAS DE LA ENVIDIA.

LEYENDAS ARABES.

I.

Desde el principio del mundo se conocieron las malas y las buenas pasiones de los hombres, y se empezaron á despertar en ellos los más vivos deseos de poseer lo bueno, y dejar al prójimo lo malo.

Doctrina contraria á la Religión; pero que abriga el egoismo de cada ser, porque nació con ellos ese germen fatal que los conduce á los grandes errores, y á veces á los más terribles crímenes.

Rara vez se contempla con gusto la felicidad aje-

na, ó no se desea poseer la dicha aparente de los demás.

Á veces causa á un sér melancolía la sonrisa satisfecha de otro sér.

Á veces un lenguaje animado y lleno de espresion, hace caer á otro en abatimiento, envidiando el gozo de que le figura poseído.

—¿Quién vende su conciencia?—grita la envidia á cada momento, presentando cuadros que despiertan esa mala pasion, y al instante se ve rodeado de mil y mil prosélitos que ahogan ó asesinan de una manera cruel ese juez severo que Dios deposita en las almas, para regular sus propias acciones, y dar el arrepentimiento y el castigo sin tribunal ni verdugo.

¿Podremos creer que murieron solo de amor las doscientas doncellas que querian la mano de Abdalá, el venturoso padre de Mahoma?

Más bien nos figuramos que la envidia las mató, porque vieron celebrar las bodas del hermoso mancebo árabe con la encantadora Amina, superior á todas en belleza, talento y toda clase de perfecciones.

Corría el año de quinientos sesenta y siete de Jesucristo, y todas las mujeres más hermosas de la Meca se disputaban el descendiente de la famosa tribu de los Coraix, y de aquella renombrada familia de los Haschenfitas.

Las más bellísimas mujeres de la Arabia llevaban ricos dones al templo fundado por Abraham, llamado *La Cava*, donde se cometieron tantos horrores, y que los ilusos creían verdaderos sacrificios para las imágenes colocadas en las trescientas aras elevadas en su interior.

Todas las ofrendas de las doncellas de la Meca se rendían entonces á conquistar el corazón de aquel mancebo, disputado por todas á la vez, y el cual nunca prefería á ninguna de ellas, siendo tal su modestia, que apenas alzaba los ojos en presencia de las enamoradas mujeres que hallaba por todas partes.

Esta especie de asedio duró mucho tiempo; y en verdad que era temible una guerra de esta especie.

Eran mujeres las que luchaban, y mujeres dispuestas á desplegar toda clase de encantos, con tal de triunfar en la demanda.

Si una de ellas, más atrevida que las otras, hubiese levantado bandera y dado el grito de alarma, de seguro hubiesen salido á los campos á batallar y á ganar en cruda lid el hombre que ambicionaban.

Muchos árabes, contemporáneos de Abdalá, recibieron grandes desaires de las mujeres amadas, solo por una frase cariñosa de este, ó un favor tan ligero como dar una flor ó una cinta, ó cualquier objeto insignificante, que demostraba más bien galantería que amor, más fraternidad que otro sentimiento.

Abdalá era tan gentil, tan apuesto, tan encantador, según sus enamoradas, que por una de sus caricias hubieran dado ellas el venerado templo de la Cava, que en tanta estima tenían, y todas las riquezas de la Siria, la Arabia, y todos aquellos riquísimos y ponderados países en que vivían sus antepasados y sus orgullosos deudos.

Existía entonces en la Meca una hermosa doncella llamada *Sharaca*, que quería decir Sarracena, y á la vez indicaba á Sarac, raza que temían los orientales, por significar entre ellos poca fecundidad en las mujeres, y una inclinación al más refinado latrocinio.

Sharaca era altanera y orgullosa, y de una voluntad tan invencible, que la hubiera temido el más arrogante aventurero, de los que por entonces sobresalían por su intrepidez y arrogancia.

El hombre que ella amase, debería ser su esclavo; y tantos tenía humillados á sus pies, que apenas se dignaba dirigir una sonrisa de compasión á los bravos campeones que volvían en sus briosos caballos de la pelea, de traspasar con su harpon al arrogante contrario, ofreciendo á los pies de Sharaca el rico botín de su valor y poder.

Había entonces muchos campeones, verdaderos hidalgos formados, que se habían impuesto el deber de amparar al débil, entrar en contienda con el fuerte, y hacer besar la arena á sus enemigos con aquellas certeras saetas que les dirigían, ó con los temibles lanzazos y embestidas que mutuamente se daban.

Pues bien: los más valientes y nobles, los más aguerridos y bellos, corrían carreras en sus caballos, y entraban á luchar en los circos, por que la bella Sharaca los mirase siquiera, sin aspirar á otro bien, pues tenían que mirarla de lejos como el sol, sin atreverse á pedirla á su padre por mujer, temerosos del sambenito que llevaba sobre su frente.

Temían que la esterilidad que se atribuía á su raza, fuese razón de muchos disgustos y contiendas; pues entonces, como siempre, gustaban los hombres de ver los hijos de sus hijos llevar adelante el apellido y los blasones de su padre, y eternizar de ese

modo las ramas primitivas, como si despues de morir aun hubiesen de oir pronunciar en su tumba las hazañas y costumbres de sus antepasados glóriosos.

Sharaca era hermosa, pero debía mirarse como una bella estátua, destinada al placer de la vista y bien léjos de las impresiones del corazon.

Terrible era para esta mujer orgullosa ver trofeos y amantes á sus piés, y no encontrar uno que quisiese partir con ella su tálamo nupcial, siendo así que le partian gustosos con otras menos hermosas y ricas.

Un dia dijo á su padre, que siempre estaba sometido á sus caprichos y voluntad soberana:

—Quiero ir á Damasco y á Bostra, y á los más lejanos países, donde concurren todas las naciones á llevar ricos trajes y joyas de gran valor, para vestirme de modo que sea la reina de este pais, y cause amor de muerte á los hombres, y envidia de desesperacion á las mujeres.

Yo debo traer un collar que por perlas tenga hechizos.

—¿Qué más que los de tu rostro, hija mia?

—Y unas pulseras que prendan en ellas los corazonces rebeldes.

—¿Para qué más pulseras que tus atractivos?

—Y una piocha que brille como las luces del cielo.

—¿Qué más luces que tus ojos, hija de mi corazon?

—Y quiero unos chapines, con los cuales pisotee la soberbia de las bellas, y el orgullo de los hombres.

—Harto los rinde tu soberbia belleza.

—Y un velo de tela de oro, que no hayan tenido nunca las emperatrices y las reinas.

Quiero asombrar la Siria, la Persia, la Arabia y todos los países del mundo.

Quiero oscurecer á esas fantásticas descendientes de Coraix, á esos Haschemitas crueles que me aman, y me huyen como si llevase en mí un mal y un bien á la vez.

¡Vamos! ¡vamos, padre mio! recorreremos esos mundos donde hay riquisimas galas, alhajas de gran valor y sortilegios y encantos, que tú comprarás para hacerme feliz, aunque hubieses de dár por ellas tu propia vida.

—¡Sharaca, por los ángeles y los planetas de más luz, que me dejes en mi tranquila morada, y no me saques á recorrer esas tierras, donde la sed abrasa los labios, y la fiebre quema las entrañas!

—¡Iré sola! ¡mi voluntad es de hierro! ¡Yo voy á buscar el talisman de la dicha!....

Dicen que hay magos que venden esta joya.

Existen algunos caldeos que te la darian por la mitad de tus bienes. Si no los sacrificas, dejaré de llamarte padre.

—Pero, ¿qué necesitas para ser feliz?

—Necesito que un hombre me llamé esposa, y que los otros se mueran de envidia, porque aquel me posee á mí, que soy un tesoro.

—Pues bien: yo traeré á tus piés ese esposo.

—Te equivocas: todos me huyen. Todos temen el nombre que llevo, cuando más rendidos los veas.

Todos me codiciarian como dama, y me rechazarían como esposa.

¡Maldecida sea mi raza! ¡Maldecida sea la primer mujer de mi familia que no dió á su esposo herederos!

Ó, más bien, ¡maldita la primera que hizo conocer al mundo la ventura de los hijos, la belleza de la posteridad!

—¡Tú deliras, Sharaca!

—¿Has visto que no delire toda mujer humillada?

—Tú tienes hermosura.

—¡Tanta como desesperacion!

—Tú tienes talento.

—¡Mayor es mi infortunio!

—Tú posees ricos bienes.

—Con los cuales no puedo comprar un corazon.

—Tienes esclavos de tu ley.

—Pero no los tengo que con su amor me esclavicen á mí.

—Hermosa es la libertad.

—Yo daria cuanto poseo por tener cadenas nupciales, y hacer del tálamo un trono para el hombre que yo amase.

—Mañana tendrás marido.

—¿Y quién te ha dicho, padre injusto, que ese es mi deseo?

—Tus labios acaban de revelármelo.

—Yo no quiero que me compres un esposo; quiero que él venga á darte riquezas sin cuento por mí. ¿No vale Sharaca muchos tesoros? Di.

—Mi hija vale por todas las doncellas de la Arabia.

—Y, sin embargo, ninguno te pide mi mano.

—Temen tus desdenes.

—Yo los desdeno, porque conozco que en medio de su admiracion me desprecian ellos á mí.

—¡Fatal error, hija mia!

—Que me dará la muerte al fin, si no me sigues.

—¿A dónde vamos?

—Por ahora á Bósra y Damasco. Á ese país, donde las flores hablan, y donde tienen tal perfume que seduce y embriaga, y adormece los sentidos. ¡Vamos! no está lejos, ¡sígueme!

En Damasco recogeré todas las esencias de esas peregrinas flores, y haré con ellas perfumes tan singulares, que, cuando salpique mis riquísimas vestiduras, se queden aletargados los que pasen cerca de mí, admirando tal fragancia.

—Tú tienes fiebre, Sharaca.

—El desamor produce la locura.

—Muchas mujeres de tu raza mueren y viven sin él, y no se quejan, hija mía.

—Son hipócritas, infames, que callan lo que desean.

—Sería desenvoltura revelar esas pasiones.

—Sería pedir á la Naturaleza una rama que le pertenece.

Que si ama el sauce doliente, y la sensible palmera, y el lejano líquen y hasta el punzante espino, razón será que se conceda amor á la criatura, más animada y más sensible que esos arbustos, que solo saben moverse impelidos por la mano del hombre, ó por el huracán furioso, ó por las brisas que les acarician y les mecen, y sorprenden sus amores y sus delicias,

—¡Vamos, vamos á Damasco!...

Allí hay doctores musulmanes, con los cuales consultaré el medio de ser esposa y hacer al esposo tan feliz como desee.

Y si ésto no es posible, les pediré un específico que me haga aborrecer á todos los hombres del Hejian y del mundo entero, y sobre todo á Abdalá. ¡Abdalá, que es mi hechicero! ¡Abdalá, que se ha llevado mi corazón sin quererme dar el suyo! ¡Abdalá, que me hace esclava sin necesitar cadena!

—¡Hija infeliz!... ¿qué dices? ¿El prometido de Amina? ¿El amado de esa mujer singular? ¿El que va á enlazarse con ella en breve?

—¡Nunca! ¡nunca! ¡Oh! ¡Qué teman á Sharaca! Su furor es más temible que la tempestad. Más que el rayo que destroza la nave; mas que la ola que arranca al hijo de los brazos de su madre; mas que la lanza enemiga que se dirige al costado.

Amina debe morir, si antes no logro que sea olvidada por Abdalá.

Sea ella infeliz, cual yo lo soy.

El padre de Sharaca había tenido dos mujeres que había amado con pasión: una había sido la madre de esta hermosa doncella para la creencia de todos; pero en realidad no fué hija suya, y sí de una pobre esclava, que la cedió á la señora, consolida de su dolor por no tener hijos.

La hermosa jóven ignoraba este secreto, y en cuanto á Malek, que la dió el nombre de padre, la quería con tal pasión, que olvidó completamente que no era su hija.

Más tarde murió la supuesta madre de Sharaca, y el árabe viudo la lloró mucho tiempo, empezando á blanquear sus cabellos, por la fuerza del dolor, hasta que un viejo emir, compadecido de Malek, le envió una hermosísima doncella, adornada con todas las ricas vestiduras que pudieran hacerse en las ciudades más comerciales de las costas del Hiemen, del Hegiar y el Oman.

Las ricas joyas que traía la doncella realzando su pasmosa hermosura, no hicieron al pronto impresion en el decaído espíritu de Malek; pero más tarde, el trato continuo de la modesta jóven, los hechiceros atractivos, y sobre todo esa imperiosa ley de la Naturaleza, que manda *amar para ser feliz*, hizo que el afligido árabe fuese enjugando las lágrimas, y dirigiendo sonrisas á aquella hechicera mujer.

Dos seres que se miran y sonrien, están muy próximos á agradarse mutuamente, y la hermosa Sara, conociéndolo sin duda, enseñaba con frecuencia las perlas de su toca al consecuente viudo, que dejó de amar la memoria de la muerte, por entregarse de nuevo á los encantos de la vida.

Segunda vez partió su tálamo con una mujer, y la amó tanto, que casi sentía no hubiese sido desde luego la primera, para gozar muchos años una dicha que ahora miraba desaparecer con un pánico terror.

(Se continuará).

ROGELIA LEON.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Felicitation. — Ojeada retrospectiva. — Estrenos de Pascua.

Ahora que hemos tenido la suerte de librar partida de defunción al año de gracia de 1864, asistiendo á la vez al natalicio de su hijo el de 1865, me pa-

rece cosa oportuna y muy puesta en razon abrir estas columnas, felicitando á los lectores de este periódico, congratulándome de que hayan conocido satisfactoriamente la muerte de aquel viejo sesenton y el advenimiento de este parvulillo, que se presenta en el estadio de los tiempos haciendô pinitos y luciendo ropas de gala, á juzgar por la alegría y animacion que ha conseguido trasmitirnos al rubricar su acta de bautismo.

Año nuevo, vida nueva, dice el refran; y en Dios y en mi ánima juro, amables lectores, que de buen deseo buscara yo su certidumbre en lo que atañe á la vida del arte dramático en España, si no supiera que ese pobre mozo que allá en lo antiguo acertó á mostrarse dotado de viril energía y gallarda fecundidad, se encuentra al presente enfermo y valetudinario, en términos tales, que ni aun con los medicamentos amargos, cuya bondad es tan notoria, conseguiríamos restaurar sus fuerzas y volverle á la vida; pero, en fin, tampoco me parece prudente dar oídos á la voz grosera de un frio pesimismo; y, alimentando una noble y consoladora esperanza, confio en el porvenir, que acaso esté llamado á ofrecer una muestra de bondad más cumplida que el presente.

Yo no quisiera, en verdad, turbar la alegría de la encantadora musa dramática, ofreciéndola un resumen de la esterilidad y miseria de su consorcio con el año de gracia de 1864; y digo que no quisiera emplear el tiempo en tan mezquina tarea, porque al fin el tal consorte ha desaparecido cantando bajito, y hay un adagio que dice: *á muertos y á idos* no hay que hacerles caso; pero, por otra parte, he juzgado conveniente presentar una muestra, aunque en miniatura, de las causas demoledoras que gravitan contra el endeble edificio de nuestro teatro nacional, por si hay alguna bendita alma que quiera emprender la obra de apuntalarle, ó por si, á la vista de su presente decadencia, se alientan los tímidos, se esfuerzan los hombres de mérito, y retroceden los farsantes de chinela y monterilla, que abundan como la zizaña en la mies del perezoso cultivador. Á mí me parece, y en esto no pretendo asentar un juicio esclusivo, que una de las causas latentes de la destruccion del teatro, es la desunion que reina entre los actores; desunion pueril, ocasionada por un acceso funesto de vanidad, desunion menguada y raquitica, que arrastrando en su vuelo la perfeccion del arte, ha de concluir, si Dios no lo remedia, por aniquilarle, aplastando bajo sus ruinas á los mismos que en mal

hora concibieron la idea de acometer al edificio por sus cuatro ángulos. ¿Á qué es debido, sino á ese vulgar y deplorable achaque de vanidad, el estrañamiento de Teodora Lamadrid, y de Arjona, y de Valero, y de Delgado, que discurren por las provincias con derrotero incierto, mientras en la corte no tenemos un cuadro completo de medianos actores?

De esta deplorable desunion dimana en gran parte la esterilidad de la musa dramática, que cercada de imposibles, condenada al tormento de asfixia, no puede producir mas que obras convencionales y de *circunstancias*, cerrándose á si misma el vasto campo del arte, susceptible de un laboreo infinito, cuando hay esperanzas de que no se malogre la cosecha.

Hay momentos en que el autor de estas líneas se ha preguntado á si mismo con cierto dolor: ¿Qué será en España del arte dramático de Latorre cuando, por una de las leyes inevitables de la madre naturaleza, nos abandone Romea? Y Romea es hoy no más que un veterano cubierto de gloria, que apenas puede ya levantar la cabeza de su magnifico trofeo de laureles. Pues bien; ¿qué será del arte dramático español cuando este coloso desaparezca? Lo confesamos sencillamente: á este interrogante nadie podría responder sin sentir una infinita y poderosa amargura.

Hé aqui por qué si el autor de estas líneas se hallára más cerca de los gobiernos se permitiría llamar su atencion sobre el exíguo instituto de nuestro Conservatorio de Artes, donde todo se ensaya y nada florece, donde todo se intenta y nada se realiza, donde la didáctica del arte parece hallarse acometida de una enfermedad de mala fe, que destruye los buenos resultados, y, en fin, donde todo se ostenta frivolo y mezquino, insustancial y pasajero, como cosa despreciable que se mira sin interés, y cuya importancia se relega sin piedad y sin remordimientos.

Á los encomios entusiastas de la prensa, al éxito de esas fiestas aparatosas que tienen lugar todos los años en ese instituto, al ruidoso aplauso que en todos los círculos arrancan, solo se puede contestar con esta sencilla frase: ¿Dónde están los resultados positivos? ¡Triste ilusion!

La esterilidad de actores envuelve en sí la esterilidad de autores, porque si estos no tienen quien haga sus obras, ciertamente han de concluir por no trabajar; y de estas dos esterilidades primarias nace indudablemente un grave mal, que es el descrédito y pésima organizacion de las empresas, que, movi-

das por el resorte de un espantoso cálculo, por precision han de descuidar el progreso del arte, saliendo del paso de cualquier manera, con tal de que no se perjudique el lucro de sus especulaciones.

Así en el pasado año de gracia de 1864, el teatro español no ha merecido á la musa dramática mas que una sola obra digna de aprecio, *Venganza catalana*, y aun ésta, sacrificada al espíritu convencional que preside á la creacion de todas las obras modernas; y esta verdad desconsoladora alcanza mayormente á nuestros teatros de canto, donde la decadencia y la degradacion son más evidentes, pues que vienen abasteciendo su repertorio con la mediocridad vulgar y chocarrera de la musa traspirenáica, embadurnada por el rabioso pincel de nuestros mas afamados mamarrachistas y escritores pedestres.

De lo dicho se deduce que la reforma del teatro español es una necesidad de primer orden, en el estado actual de las cosas, y, en mi humilde concepto, no podrá conseguirse de otra manera que aplicando todas nuestras fuerzas con soberano impulso á la formacion de esta resultante: *buenos actores*. Todo lo demás será inútil y falto de comun sentido.

Respecto á los estrenos de Pascua, nada he de decir por hoy, en razon á que, como nos hallamos en tiempo alegre y escepcional, me parece bien tapar con el velo de la indulgencia algunos de los pecadillos que han salido á plaza en la escena. Diré, sí, que Breton, el insigne decano del arte cómico, ha presentado en el coliseo del Príncipe una comedia nominada *Cuando de cincuenta pases.....* la cual, aunque un poco lánguida y escasa de inventiva, consiguió agradar y complacer á la concurrencia, por su magnífica versificación, que recuerda los buenos tiempos de aquella musa fácil, espontánea y jovial, que por tantos años supo sostener en la escena española el buen nombre de Tirso y del gran Lope.

En el Circó alcanzó lisonjero éxito una zarzuela de Larra, titulada: *La Ínsula Barataria*, y en Jovelanos tuvo idéntica suerte otra de Picon y Barbieri, nominada: *Pan y Toros*.

En Variedades hizo Romea por la noche la agradable comedia de Tirso *La Villana de la Sagra*, donde alcanzó muchos aplausos, y por la tarde se estrenó en el mismo teatro una comedia, original de Mozo de Rosales, la cual, por sus modestas pretensiones, su argumento sencillo, diálogo ameno, y sales cómicas chispeantes, mereció ser acogida con afecto y benevolencia.

Y aquí hago punto por hoy, hasta la semana próxima, en que, Dios mediante, volveré á tomar la pluma para continuar esta tarea que dejo pendiente, y en la que, contando con el beneplácito de los lectores de este periódico, me propongo seguir al teatro español en su rumbo por la senda del progreso ó por la de su decadencia, haciendo uso de un criterio imparcial, que si no ha de lisonjear á las falsas esperanzas, tampoco se atreverá á desvirtuar y ennegrecer los triunfos del verdadero talento, de la aplicacion y de la constancia.—Vale.

LEANDRO A. HERRERO.

CHARADA.

Un señor, el más temible
Que en el mundo se conoce,
Tiene en mi prima y segunda
Esclavos por todo el orbe.
Mi segunda y mi tercera
Hija es, y no te asombre,
Del señor de mis dos primas;
Ofreciendo el todo un nombre
Que en mecánica se estudia
Y en los buques se conoce.

E. D.

La solucion en el número inmediato.

AVISO A NUESTROS SUSCRITORES.

Por causas ajenas á nuestra voluntad, no se puede insertar en este número la explicacion del figurin que le acompaña, y que se publicará en el número inmediato.

Suplicamos á nuestros bondadosos suscritores, que nos dispensen esta pequeña omision en gracia de la desgracia que aqueja á nuestra Directora, y de no ser los trajes de mucha perentoriedad, por tratarse de máscaras para niños.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.